

Un relato de Antonio Pereira

Antonio Pereira, escritor español, aborda sin pausas tanto el género de la Poesía como el de la Narrativa.

Desde su primer libro de poemas titulado "El Regreso" publicado en la Colección Adonais en 1964, no ha dejado de publicar, obteniendo importantes distinciones como el Premio Fastenrath de la Real Academia Española por su libro "El síndrome de Estocolmo" publicado por Mondadori en 1988 o el Premio Torrente Ballester por "Las ciudades del Poniente" que editó en 1994 y que fue traducido al francés en 1998.

Pero son innumerables los títulos, tanto en Narrativa como en Poesía que han ido jalonando la trayectoria de Antonio que, además, es un viajero impenitente y un intelectual respetado en su patria y en el extranjero.

Lo conocí durante la presentación de mi libro en Madrid y Antonio Pereira tuvo la deferencia de obsequia último libro "Relatos sin fronteras"

El texto que publicamos tiene humor, tiene un lenguaje conciso, casi eléctrico y demuestra los atributos técnicos de este escritor que me dispensa su amistad.

R. D.

La Guerra Sucia

A veces pienso que en el mundo todo es basura, basura y más basura, dijo el hombre de la gorra de visera, yo estuve en aquella guerra, pero ningún ascenso y poca leche le saqué como no sea este estómago que me ha quedado revuelto para siempre.

Era ya el otoño -y es el paisano de la gorra el que sigue contando, un hombre demasiado mayor para una gorra paramilitar degradada por una marca de refresco-, pero el tiempo venía loco porque no se iba el calor del verano ni las moscas daban señal de quitarse de en medio. Engordaban las moscas, negras, pesadas, y más felices

que las de otros años. Yo era un mandado, ayudé en el cometimiento de los hechos, pero la orden la daba quien la daba y que cada palo aguante su vela.

Además, fue una causa justa. El párroco sabía lo que pasaba en aquellas noches, no oficialmente, los de arriba se cubren con los de abajo. Pero el coadjutor nos justificaba, incluso nos soplaba en qué barrio de la villa se debía actuar, y puede que él mismo estuviera dispuesto a venir en el furgón reservado, en cualquiera de las noches en que teníamos faena.

Las noches eran cómplices y ocultaban cualquier asomo de vergüenza que nos viniera a la cara, y por el día dormíamos, a los que participábamos en la operación nos dejaban francos de servicio. Yo dormía bien, aún no me habían venido las náuseas, sólo un poco de resaca porque el trago de un trabajo así sólo podía pasarse con tragos del aguardiente más áspero. Salíamos del pueblo con los faros apagados, por calles aparentemente dormidas donde a veces se vislumbraba la figura de alguien que observaba desde una ventana y rápidamente se corrían los visillos. El furgón parecía conocer el camino, sendas apartadas, hasta entrar en la otra jurisdicción y alcanzar el lugar donde no habría ojos que vieran ni oídos que escucharan.

Aun en tiempos con problemas, la población quiere sus jolgorios. Tomad pasodobles y fútbol y estaros quietos, es la política de los que mandan. La víspera de la fiesta de las rondallas quedó el pueblo limpio como la patena, todo quedó listo para el día siguiente, la cosa musical que hasta viene en las guías de turismo. Estaba empezando a amanecer cuando llamaron a mi puerta con mucho apremio, me uniformé de prisa y ya estaba cundiendo la voz de que habían venido los otros.

-¡A traición han entrado! ¡Un camión que más parecía un tanque!

-¡Tres camiones y bien se sabe de qué pueblo! ¡Y eso que nunca nos negamos a tocar gratis en sus fiestas, sólo por el amor al arte y la cultura!

Cien años que uno viva y no se me marchará el recuerdo de la plaza, más horrible y fétida según avanzaba la claridad del día. Los pañuelos nos servían de mascarillas. El aviso que los otros nos dejaron lo llenaba todo, eran toneladas cubriendo la plaza mayor del pueblo más ilustrado de la Ribera, tapiaban la puerta del Ayuntamiento, hasta la estatua del benefactor aparecía profanada, funda escuelas de artes y oficios para que te cuelguen en el dedo un condón desechado.

El director de La Voz del Órbigo nos consolaba con que a los otros les faltaba ingenio. Habían dejado pintadas nada ocurrentes: «Cada perro que se lama su pijo». «Donde las dan las toman». Muchas de las bolsas de plástico estaban desventradas y por allí danzaban las mondas enroscadas de las patatas, envases de cartón de la leche,

plásticos manchados con la mugre de las cocinas, pañales con suciedad de las criaturas, medicinas, también objetos que seguramente eran reconocidos por sus antiguos dueños, un ventilador sin aspas, las bragas de una mujer, pero nadie decía esta boca es mía.

-Cabo -me dijo-, convóqueme in voce a los concejales. Pero ni una palabra al secretario.

Y venga de sesión secreta, otra vez a ver en qué jurisdicción soltábamos nuestros residuos.

Antonio Pereira